

mis palabras, no tienen más que hacer una visita á mi amigo don Sisenando López, hombre bueno si los hay y que hasta hace poco gastaba bajo la piel tan considerable dosis de tejido adiposo, que podía dar envidia al dómine serrano mejor mantenido, y que hoy, gracias á la popularidad, ha disminuido tantas libras de peso, como centenares de pesos han emigrado de sus bien provistas arcas.

Mi amigo Sisenando era hasta ayer laborioso, independiente y enemigo de la política como del cólera morbo; pero se organizó el partido conservador, y aunque tan bien conservado se estaba Don Sisenando metido en su casa, se le cojió por el flaco del catolicismo y fué comprometido á trabajar por el triunfo de la *santa causa de la fé*, disfraz que, no por primera vez, sirve á muchos para tapar su ambición política y el deseo de subírsele á las barbas á este pobre Perú eternamente destinado á ser víctima de las traperías de sus hijos.

Yo estuve ayer de visita donde Don Sisenando, con quien de tarde en tarde suelo platicar largamente, no obstante de tener él llena la cabeza de ideas fósiles, y de ser nuevas y frescas las pocas que en el meollo tengo yo metidas.

Me asombré al encontrar á mi buen amigo con aspecto cadavérico; y al preguntarle si estaba ó había estado enfermo, me contestó:

—Sí, amigo Frascuelo, enfermo he estado y estoy aún gravemente; y lo peor del caso es que mi dolencia es de aquellas que no curan los médicos ni se alivian con drogas; estoy atacado de *popularitis aguda*.

—Con razón, contesté á mi amigo, he encontrado el patio de la casa, antes ocupado solamente por su fiel *Sultán*, [así llama Don Sisenando á su perro] lleno de hombres de mala facha, que tomé por mendigos y que, á lo que ahora entiendo, son los *microbios* de la enfermedad que á usted aqueja.

—Los mismos, querido Frascuelo.

—Pero cómo así ha venido usted á caer en el hoyo de la política, cuando tan á tientas andaba usted antes para no tropezar en él?

—Qué quiere usted, amigo Frascuelo: los liberales y masones querían eclársenos á cuestras y era preciso trabajar por defender la fé de nuestros padres; y como usted conoce lo católico que soy y lo que yo haría por defender el catolicismo, á instancias de los compañeros de «La Unión» no tuve más que acceder á tomar cartas en este juego de la política que nunca pude entender bien.

—Quiere decir, entonces, que á usted lo han metido en política cogiéndolo por el lado de la religión; pero usted cree sinceramente, Don Sisenando, que sus compañeros trabajaban por la *santa causa de la fé*.

—No me cabe duda, Frascuelo.

Cuanto dicen y hacen lo revela. El apoyo que les presta «El Deber» lo manifiesta también. Todos ellos son de La Unión Católica; oyen misa diariamente, y comulgan por pascua florida y siempre que hay algún jubileo con que enriquecer el alma.

Pues yo creo que con todas esas berengenas y comuniones, le essán haciendo comulgar á Ud. con ruedas de molino; que explotan la buena fé de Ud. y su sentimiento religioso, por hacerle gastar el oro y el moro en atraer ciudadanos y comprar cartas; y que no hay tal catolicismo. Son gallos resabidos, de aquellos que matan con el ala: ahora le hacen á Ud. la rueda, y cuando ya no lo necesiten, le clavan el espolón y cautan sobre Ud.

—No, amigo, Frascuelo, el criterio de Ud. en este asunto no me hace fé; porque Ud. pertenece á los otros y la pasión habla por su boca.

Aquí llegamos en nuestra conversación con Don Sisenando, cuando de pronto se presentó un *ciudadano* que no tenía raza de saber gabarse el pan con el sudor de su rostro, por mucho que en sudor y porquería nadie fuera capaz de aventajarlo: y mientras yo me llevaba el pañuelo á las narices, echó los brazos á don Sisenando; le llamó *useñoría* y *tatito*; le dijo que pertenecía al *clú* de don Agapito de la Veleta que iba á salir de *deputadó*, luego apretó los ojos para ver si podía segregar algunas lágrimas, y habló á Don Sisenando de que su mujer (la del *ciudadano* en cuestión) había muerto la víspera; que no tenía con qué amertajaria ni con qué pagar sus derechos al señor cura, y acabó por suplicarle que por su *solú* le diese alguna cosa.

Continuará.

FOLLETIN. 5

PAGINAS LIBRES

DE MANUEL GONZALEZ PRADA

Libertad de escribir.

Así, pues, cuando la *Junta censora* (hoy *Comisión de Espectáculos*), reciba una tragedia de Quintana, una comedia de Bretón ó un drama de Echegaray, el censor de turno, ya sea le guleyo, mercachife ó boticario, tiene derecho de enmendar los yerrores á un Echegaray, á un Bretón ó á un Quintana.

Y esa manía de alterar ó mutilar obras ajenas se propaga de modo amenazante: cómicos de la legua, motilones hasta no leer de corrido, agregan, quitan, dislocan, descomponen y componen escenas enteras; así que muchos dramas representados en Lima no serían conocidos ni por sus mismos autores.

La *Comisión de Espectáculos*, tan meticulosa en conceder *pose*, á comedias erizadas de algunas pías contra Gobiernos ó Congresos, contribuyen más que nadie á convertir el escenario en plaza de toros al fomentar representaciones de ineptias concebidas por cerebros completamente desequilibrados.

Hay ojos de lince para descubrir entre renglones la más leve alusión á los hombres públicos, y ceguera de topo cuando llega el caso de ver posturas pornográficas, bambulas africanas ó bailes de vientre. Especialistas en Coreografía, muchos miembros de la *Comisión* avalúan el mérito de las artistas por el diámetro de las pantorrillas, la transparencia en el calzón de punto y la mayor amplitud del ángulo formado con las piernas.

La *Comisión*, que traquea siempre á los autores nacionales como el dómine al discípulo, no se muestra más complaciente con actores, dueños de teatros y empresarios; á todos los considera como dependientes, subordinados ó domésticos de la Municipalidad. A más, algunos buenos señores, figurándose que las diversiones públicas son filones de riqueza pública, esquilmán al empresario y el actor con gastos de licencia, multas y cuanta gabela cabe imaginarse. No se cuenta las entradas de favor y localidades gratis para los miembros de la *Comisión*, sus parientes y sus amigos, aunque, según declaración de un empresario, ascienden á número considerable.

Por fin, en la *Comisión de Espectáculos*, todos hacen y deshacen de los edificios, como atacados de monomanía arquitectónica: uno manda condenar una puerta, otro abrir una claraboya; este ensanchar un pasadizo, aquel bajar un techo; sin que falte alguno que ordene dorar las cornizas ó poner asientos colchados para que descansen muellemente su esposa ó su querida.

En todos los países civilizados, el Gobierno, lejos de ver en los teatros un filón que beneficiar, les otorga pingües subvenciones; en el Perú se fomenta el más cruel y más repugnante de los legados españoles, la lidia de toros. Si estamos lejos de producir un Corneille y un Talma, quizá poseeremos antes de mucho, veinte rivales de Cúchares y Pepe Hillo.

III

Por una aberración inaudita, vivimos hoy bajo la *Ley de Imprenta* promulgada en 1823, allá cuando el Perú era una especie de antropoide que no había concluido de amputarse la cola monárquica.

El Código penal de 1862 no avanza mucho sobre la *Ley organica* de 1823: las penas señaladas á los hombres que intenten mudar la Religión del Estado escandalizarían á los menos intolerantes. Algunos artículos de tal

Código parecen fragmentos arrancados á un concilio del siglo IV.

Setenta años de labor parlamentario no han bastado para elaborar una buena Ley de Imprenta. Y sobran razones para temer un retroceso el día que senadores y diputados modifiquen la Ley de 1823. Los Congresos del Perú se han convertido en viejos y desestañados alambiques: todo licor que destilan tiene deajo á cobre.

El escritor irreligioso no sufre hoy la pena de asistir leproso ó enterrar muertos; pero corre peligro de verse condenado á espatriación ó arresto mayor. Felizmente, la tolerancia de los pasados Gobiernos, la independencia del Jurado y el buen juicio del pueblo, sirvieron de correctivo al espíritu menguado de nuestras leyes. No puede negarse que en el carácter nacional se encierra un fondo de tolerancia: salvo uno que otro pueblo hipnotizado y aguzado por El Clero, el Perú rechaza hoy la persecución religiosa.

Rara vez las autoridades laicas inician la denuncia de escritos contra el dogma ó andan á caza de herejes y librepensadores. Parodiando á Federico el Grande; los gobernantes del Perú dejan escribir herejías con tal que les dejen cometer barbaridades. La autoridad eclesiástica da el grito de alerta, para que la autoridad civil ordene la denuncia del escrito y abra juicio al autor; los clérigos, como sabuesos de buen olfato, husmean el rastro y menudean los latidos, para lanzar al galgo en persecución del venado.

El Gobierno toma la cuestión á cargo y despliega la autocracia de su poder, cuando se trata de escritores opositoristas y periódicos que no siguen las aguas de los subvencionados no hay voz, diario, libertad ni garantías, para el hombre que ignora la consigna ministerial, que protesta de obedecer sumisamente las órdenes prefecturales ó resiste á sufrir una depresión moral en las antecámaras palaciegas.

Para impedir que alguno hable, se recurre al uso primitivo de taponar la boca. Y el día que se impone silencio al escritor independiente y valeroso, nadie se da por entendido, todo el mundo calla en bloque: el Congreso discute el ascenso de un coronel ó la demarcación territorial de Chumbivilcas, mientras los diarios llenan sus columnas con editoriales sobre la canalización del Rimac ó la Colonia alemana del Pozuzo.

Para disimular lo tosco del uso primitivo, los Gobiernos emplean el régimen de multas y depósitos: nadie funda periódico ni sigue publicando los fundados sin depositar 500 soles. Tras el depósito, viene inmediatamente la multa de modo que cada artículo de oposición cuesta bien caro. Entiéndase que depósitos y multas re-

zan sólo con los diarios independientes, ó mejor dicho, semanarios, porque la independencia se manifiesta en nuestro periodismo con intermitencias hebdomadarias. Sin embargo, esos periodiquillos intermitentes ó eventuales, algunas veces heróicos, encierran la única expresión sincera del sentimiento popular.

Hoy no existe, pues, libertad en el diario ni independencia en el diarista, y la oposición anodina de uno que otro editorial se reduce a fórmula ó convenio de partes con el fin de guardar las apariencias: no asistimos á batalla donde se arrojan plomo, sino á simulacro donde se quema pólvora.

Todos los Gobiernos, al inaugurarse, ofrecen garantías á la emisión del pensamiento, y se congratulan de ver en la prensa ó cuarto poder del Estado un colaborador inteligente para la magna obra de la regeneración nacional. Otorgan unos pocos meses de respiro y desahogo; pero insensiblemente resbalan por la pendiente del abuso y concluyen por justificar á los anteriores Gobiernos. Entonces regresamos á la vida normal: en nuestro régimen político, la legalidad y la justicia figuran como breves interregnos.

Los Vivancos y los Echeniques, los Baltas y los Piérolas, los Iglesias y los Cáceres, fueron en la prensa del Perú como tiburones en el mar.

IV

Cuando faltan garantías para censurar á las autoridades, cuando en las graves cuestiones políticas, religiosas y sociales no se puede emitir libremente las ideas, los hombres enmudecen ó consagran toda su fuerza intelectual á discusiones insípidas, rateras y ridículas. Toda prensa con mordaza termina por engolfarse en la pornografía, la lucha individual y el interés casero.

AVISOS.

«LA LUZ ELÉCTRICA».

SEMANARIO RADICAL.

Precios de suscripción.

Por un mes.....	S.	0 40
Por un trimestre.....	«	1 00
Por un semestre.....	«	2 00
Por un año.....	«	3 60
Número suelto.....	«	0 10
Id atrasado.....	«	0 15

EL PAGO ES ADELANTADO.

Fuera de Lima no se hace rebaja alguna sobre la suscripción, la cual será, cuando menos, por trimestres adelantados. Para este pago se aceptan timbres postales.

Los agentes de provincia tendrán un número gratis por cada cinco suscritores.

PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA

—DE—

Eduardo Fontcuberta

Plateros de San Agustín N. 21.

Antigua Chocolatería de San Francisco

Nos. 38, 40 y 64.

—DE—

JUAN VACCARO.

—LIMA:—

Café superior y en grano por mayor y menor.

Vinos y Licores de todas clases.—Azúcar, confites, Galletas.—Chocolate de todas clases.

Se despacha pedidos para la costa é interior.

DULCERÍA

—DE—

J. ROSENDO PANDO Y C.^a

Calle de la Virreyna N. 166.

—LIMA—

Vinos españoles legítimos. Conservas alimenticias.—Queso, Café, Mantecquilla y toda clase de licores finos.

TODO BUENO, FRESCO Y BARATO

Fábrica Nacional de Camisas

—DE—

VARLSE SIÉFANO.

62 a—Plazuela de San Agustín—62 b

—LIMA.—

COLEGIO DE BARROS

ESTABLECIDO EN 1872.

Plazuela de Santo Tomás N^o 24

—LIMA—

ENSEÑANZA LIBRE.

NO HAY MEJOR ALIMENTO

QUE EL

CHOCOLATE DEL CUZCO



Pues en el antiguo Café del Mascorón en la Calle de Santo Toribio número 64 se prepara el chocolate con pura pasta del Cuzco y leche, y se da una buena taza con pan y mantecquilla por

CINCO CENTAVOS!

afamada y goza de mucha popularidad.

—Curiosa figura haría usted bailando con la patrona del carnicero.

—He dado al traste con mi antiguo método. Ya no como á mis horas; ni duermo la reparadora siesta; ni me acuesto temprano, como antes, porque en las noches tenemos junta y hay que asistir á ella y meterse en cama después de la media noche. Nunca se ocupó nadie de mí para censurarme, y ayer leí en «La Bolsa» un comunicado en mi contra. Le aseguro á usted, amigo Frascuelo, que á no estar de por medio la causa católica, ya habría yo mandado á paseo á los comités, á los clubs eleccionarios, á las elecciones y á cuanto con ellas tiene relación pero también le digo á usted que «así de esta escapo y no muero,» así volveré á meterme en política, como á sentarme sobre un brasero encendido.

Ví desfilar en seguida ante Don Sisenando una procesión de electores en ciernes, los más de los cuales lucían fachas atrabiliarias y después de ofrecer su voto ó el del compadre tal ó del abijado cual, daban á mi amigo el consabido *sablazo* y se retiraban haciendo zalemas, no sé si en honor de la moneda que recibían ó del cándido que se la daba.

Don Sisenando soportó con resignación digna de mejor causa el aluvión de abrazos, el chaparrón de discursos y el torrente de ofrecimientos; llamó *hijo* á cada uno de esos sanguijuelas; recomendó al uno que se hiciera inscribir en el registro, al otro que llevarse a sus compadres; á éste que no dejase de acudir oportunamente por su carta, y al de más allá que ocurriese por su título de adepto á casa de Don X y Z.

Cuando terminó la procesión, yo tenía dolor de cabeza y Don Sisenando cayó presa de un síncope. Fué preciso libertarlo de la atmósfera viciada de su gabinete, llevarlo á otra habitación, aplicarle á las narices éter sulfúrico, darle friegas y hacerle aire con un abanico. Su esposa lo atendía solícita y me decía:

—La política me lo ha enfermado á Sisenandito; pero sea todo en amor de Dios, si de estos trabajos ha de salir triunfante la religión y se han de acabar esos pícaros masones.

—¿Y usted cree, señora—me aventuré á decirle—que es realmente en defensa de la religión que trabajaban los que están explotando la hacienda y la salud de mi buen amigo?

—Vaya si lo creo. ¿No vé usted que todos ellos son personas piadosas y que tienen temor de Dios? El que me nos, oye su misa todos los días; y muchos hay á quienes veo frecuentar sacramentos. Si viera usted con qué respeto saludan á los sacerdotes, besándoles la mano, y con qué devoción están en la iglesia... Yo he visto á más de uno bajarse hasta besar el suelo, al alzar el Santísimo.

Aquí pensé que verían alguna moneda en el suelo, cuando se agachaban tanto; pero no quise insistir. Luego que mi amigo volvió en sí y se tranquilizó un tanto, me despedí de él, prometiéndome no volver mientras la casa no se desinfectase, para prevenirme de que Don Sisenando me contagiara la *popularitis* aguda que lo está poniendo como pasado por bilera.

Al salir acaricié el cuello de *Sultán*, que no cesó de gruñir mientras los eleccionarios ocupaban el patio, con lo cual revelaba el fiel terranova tener mejor sentido que sus amos; y me alejé pensando en el poder de la obsesión religiosa, que ha arrastrado á mi excelente amigo en la vorágine de la política, donde habrá de dejar salud y fortuna, para servir de escabel á más de un zorro de aquellos que así engarzan veinte credos como ensartan un rosario de farsas, y que hoy se sientan á la *sagrada mesa* y se arrellenarán mañana en el banquete del Presupuesto.

Arequipa, Mayo 18 de 1895.

FRASCUELO.

FOLLETIN. 6

PAGINAS LIBRES

DE MANUEL GONZALEZ PRADA.

Libertad de escribir.

El periódico no es ya río que sale de madre para fecundizar el campo, sino mal canalizado albañal que con sus miasmas pestilentes infecta el aire de la ciudad.

Nuestro periodismo lo comprueba. ¿Qué vemos en editoriales? pesadas adulaciones al Gobierno, escritos que infunden sueño, literatura de cachalotes, buena para leída por elefantes. ¿Qué vemos en crónicas y comunicados? improperios contra el candidato que no fomenta la impresión insolencias que revuelven la bilis, literatura de verduleras, buena para leída por meretrices. Profesión semejante concluirá por llamarse empresa industrial de gitanos que compran á resmas el papel blanco para embadurnarle de tinta y venderle por hojas sueltas.

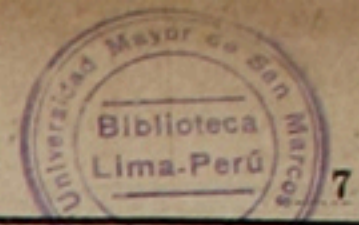
Para elevar el espíritu de una prensa no hay remedio mejor que libertarla. El diario más libre á la vez que más instructivo y moderado se encuentra hoy en la Gran Bretaña. Cierzo, el periódico inglés, sea cual fuere su tinte, defiende primero que todo los intereses británicos; pero también concede amplio lugar á los intereses ajenos: al abrir un buen diario de Londres, sabemos lo que se realiza en el mundo entero. Ahí no se acostumbra ya el pugilato ridículo de dos in-

dividuos en las columnas de un periódico; y recuérdese que Inglaterra, antes de conquistar sus libertades públicas, fué la tierra clásica del ataque virulento, del insulto procaz, del pamfletito inhumano y soez. Con la palabra sucede lo mismo que con el agua: estancada, se corrompe; movida y agitada, conserva su frescura.

Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, las naciones más civilizadas tienden á eliminar obstáculos para la emisión del pensamiento: los diarios de Estados Unidos, Francia, Italia, Bélgica y hasta España, encierran enormidades que en el Perú no se imprimió nunca ni se imprimirá talvez en muchos años. Todas las cuestiones son dilucidadas; y todas las ideas, por absurdas y estrafalarias que nos parezcan, poseen su órgano y su público. Y nadie goza de privilegio. No se hable de Estados Unidos, donde el presidente de la República sufre una incesante descarga de todas las baterías demócratas si es republicano, y de todas los republicanos si es demócrata; pero hágase una ligera excursión á las monarquías, y se verá que ni el mismo soberano se libra de la caricatura ó del ataque personal. En el Perú sucede lo contrario: nuestros gobernantes se consideran como ungidos del Señor, como fetiches que no podemos tocar ni para sacudirles el polvo. No aguantan más golpe que del incensario.

Lo que en las naciones más cultas sucede con el periódico se realiza también con el teatro. Verdad, la censura no ha desaparecido, y en algunas partes reina tan mezquina y meticulosa que, en Francia por ejemplo, los autores nacionales se ven obligados á pedir la hospitalidad de los teatros belgas. Sin embargo, en medio de las restricciones, el dramaturgo dispone de grandísima latitud para evolucionar: plantea y resuelve los más arduos problemas sociales, dirige flechazos á las cabezas más levantadas. Cuando en las tablas no desfilan los individuos con sus propios nombres, figuran con señales tan marcadas que todo el público sabe de quién se trata y adónde va el tiro. En las revistas del año, la rociada empieza muchas veces con el primer mandatario y acaba con el último alguacil: cada uno con sus nombres ó apodos.

Y aquí nos hacemos cruces con la caricatura, nos escandalizamos con el semanario picaresco donde «soman algunas punzadas contra las autoridades y ponemos el grito en el cielo por la comedia salpimentada con una que otra alusión personal! Nos pagamos de frases huecas y sofisticas, y creemos haber penetrado en el Polo Norte cuando cometemos la perogrullada de invocar «el santuario de la vida privada», hablamos de acogernos «al sagrado del hogar doméstico» y sentamos el principio de «combatir las ideas del hombre público sin entrar en las faltas del individuo.



V

Nosotros, que habitamos un verdadero limbo intelectual, que nos encontramos en condición de recibir un rayo de luz, venga de donde viniere, necesitamos amplísima libertad en periódicos y teatros.

En el teatro, suprimamos censuras previas y *Comisiones de Espectáculos*, alentemos al escritor nacional haciendo que sus obras sean representadas bajo su dirección, y dejámos al público frente á frente del autor para que ensalce al bueno y ejecute al malo. No temamos la invasión triunfante de lo deforme ni el entronizamiento de lo nauseabundo y pornográfico: nuestro nivel moral no lo consiente ya, y si lo consintiera, no habría por qué lamentarnos: pueblo capaz de gozarse en lo inmoral y obsceno, recibe la obra que merece.

En el periódico, no abandonemos al publicista bajo la tutela de prefectos y subprefectos, suprimamos el cúmulo de trabas para la fundación de un diario, y sólo en caso de injuria personal ó calumnia, dejemos á ofensor y ofendido batallar con el Jurado.

¿Por qué autorizar la ingerencia del Clero en cosas de imprenta? Por qué reconocer en el Código penal delitos y faltas contra la Religión? Si castigamos al filósofo que en sus disquisiciones no se conforma con el *Catecismo de Perseverancia* ¿por qué no castigamos también al teólogo que en sus panegíricos infringe el *Arte de Hablar*? Pecado contra pecado, tanto vale ofender el dogma como quebrantar las reglas del buen decir. Establézcase, pues, *Jurados mixtos*; y si un obispo denuncia un folleto contra la pureza de María, que un literato denuncie una pastoral contra la Gramática.

Con la libertad de imprenta se concede al Catolicismo una ocasión magnífica para confundir á sus detractores afianzar su triunfo y más que todo justificar sus jactancias, porque verdaderamente no hay mucho mérito en dar por refutado al contendor que no pudo argüir ni por vencido al combatiente que no tuvo arena para luchar. Si la Religión católica se llama luz ¿por qué teme las tinieblas? Si fuerza ¿por qué rebuye el combate? Si verdad ¿por qué se asusta con el error?

Los católicos arrojan el guante, desafían con altivez de caballero á sabios y filósofos; pero observan la buena precaución de cortar las manos á todo paladín que intenta recoger el guante. Es como abrir concurso de baile, y mutilar ambas piernas á cuanto bailarín se presente. La Iglesia comprende muy bien su precaria situación y no admite la lucha leal en campo abierto: sabe que basta la luz de un candil para desvanecer sus sombras chinescas, que sobran los dientes de una mediana pluma para agujerear su Firmamento de bodrucho.

De ahí su despotismo: nada tan cruel, tan opresor ni tan intolerante como una Religión en las postrimerías de su existencia. Su rabia recuerda la rabia del tigre acorralado por los cazadores, su despecho recuerda el despecho del escorpión rodeado por carbones ardientes.

En ningún tiempo convino más la libertad de escribir que hoy en las naciones sudamericanas. Las ideas muertas y enterradas ya en Europa, renacen para cundir y dominar en el Nuevo Mundo. Bajo diferentes disfraces y con distintos nombres, las falanjes retrógradas nos invaden. Colombia, Ecuador, Bolivia y hoy el Perú mismo, les sirven de fortaleza y cuarteles generales. La última batalla contra lo viejo y lo malo tiene que darse aquí, batalla formidable y tenaz, porque las preocupaciones religiosas son como los bueyes de la Odisea, que, muertos y asados, todavía mujen.

A todas horas y en todas partes se clama por la regeneración nacional. Pues bien, seguiremos siendo lo que somos, la forma republicana continuará como frase de lujo en Constitución de parada, mientras el último de los peruanos carezca de libertad para emitir sus ideas ó no disfrute de garantías para eucarsarse con el poder y fustigarle por las conensiones, las ilegalidades y las injusticias.

Hay hombres civilizados que saben atrofiar la cabeza de los vivos, como los Guambizas del Morona poseen el secreto de reducir á pequeñas dimensiones el cráneo de los muertos. Con nuestra *Ley de Imprenta*, los peruanos concluiremos por llevar en los hombros la cabeza de un mono microcéfalo.

AVISOS.

«LA LUZ ELÉCTRICA».
SEMANARIO RADICAL.

Precios de suscripción.

Por un mes.....	S.	0 40
Por un trimestre.....	«	1 00
Por un semestre.....	«	2 00
Por un año.....	«	3 60
Número suelto.....	«	0 10
Id atrasado.....	«	0 15

EL PAGO ES ADELANTADO.

Fuera de Lima no se hace rebaja alguna sobre la suscripción mensual, la cual será, cuando menos, por trimestres adelantados de S. 1 20 cada una.

Para este pago se aceptantimbres postales.

Los agentes de provincia tendrán un número gratis por cada cinco suscritores.

PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA
—DE—

Eduardo Fontcuberta

Plateros de San Agustín N. 21.

VALLEBUONA HNOS.

Calle del Lechugal N. 285 y Virreyña N. 160 a.

ALMAOEN DE TABACO, FERRETERIA Y TALABARBERIA.

LIMA.

Antigua Chocolateria de San Francisco

Nos. 38, 40 y 64.

—DE—

JUAN VACCARO.

—LIMA:—

Café superior y en grano por mayor y menor.

Vinos y Licores de todas clases.—Azúcar, confites, Galletas.—Chocolate de todas clases.

Se despacha pedidos para la costa é interior.

DULCERIA

—DE—

J. ROSENDO PANDO Y C.ª

Calle de la Virreyña N. 166.

—LIMA—

Vinos españoles legítimos. Conservas alimenticias.—Queso, Café, Mantequilla y toda clase de licores finos.

TODO BUENO, FRESCO Y BARATO

COLEGIO DE BARROS

ESTABLECIDO EN 1872.

Plazuela de Santo Tomas N.º 24

—LIMA—

ENSEÑANZA LIBRE.

NO HAY MEJOR ALIMENTO

QUE EL

CHOCOLATE DEL CUZCO



Pues en el antiguo *Café del Mascarón* en la Calle de Santo Toribio número 64 se prepara el chocolate con pura pasta del Cuzco y leche, y se dá una buena taza con pan y mantequilla por

CINCO CENTAVOS!